

RESPETEMOS LA GRAN BELLEZA DEL MALECON

MUY PLAUSIBLE LA IDEA DE CONSTRUIR PISCINAS DE BAÑOS POPULARES, PERO SE DEBEN CONSTRUIR EN OTROS LUGARES

CUBA posee uno de los lugares más bellos del mundo. El Malecón de La Habana. Su fama es grande y su nombre se cita con frecuencia entre los de los paseos y avenidas de fama universal, tanto de París, Nueva York, Rio de Janeiro, Londres, etcétera.

El Malecón de La Habana es, además, para los cubanos, aparte de un bello paseo, algo simbólico que integra la concepción de totalidad que tenemos de nuestra patria. Es algo así como uno de los factores que constituyen la materialización de esa idea y de ese sentimiento. El valle de Viñales, el de Yumurí, el Morro, el Malecón, etcétera, son símbolos de un todo que viven apegados a nuestra concepción de Cuba y que, principalmente, cuando nos alejamos de la tierra nuestra, constituyen imágenes perennes que perduran en nuestro espíritu.

Y es lo cierto que esa belleza de nuestro Malecón no radica en la hilera de casas que lo forman, ni en el asfalto de su suelo, ni en las farolas que alumbran en la noche, ni aún siquiera en su sólido muro de piedra. Su belleza encuentra su raíz en el mar que lo circunda, y aun mejor sería decir, en la vista, en el panorama que ese mar nos ofrece, tanto en su proximidad, donde rompen las olas contra el acantilado, como en la lejanía donde las aguas se mezclan con el cielo y nos brinda a la caída de la tarde las más bellas puestas del sol que la naturaleza es capaz de producir. Es una belleza de conjunto, en la que todo es intocable.

Y, sin embargo, he aquí que en estos días se anunció un proyecto de erigir algunas piscinas de baños públicos en ese lugar con fabricación de casetas de más de dos metros de altura, que aunque puedan tener una razón grande de propiciar baño fresco a las clases populares, habrán de tener la enorme gravedad —agresión cabe decir— de destruir esa belleza immaculada, tradicional y simbólica, sentimental y llena de cubanía que posee el Malecón de La Habana.

Se dice que esas diversas piscinas que se quieren construir permitirán bañarse a unas ochocientas personas durante los meses de verano, naturalmente. Y se hace forzoso preguntar ¿es que el pretexto de proporcionar baño fresco y solaz a ochocientas personas, durante dos o tres meses al año, puede justificar esa destrucción de la belleza de uno de los lugares más bellos del mundo? ¿Es que esas mismas piscinas no se pueden construir un poco más allá, o en otro lugar cualquiera que no sea precisamente el Malecón? ¿Es que esas mismas ochocientas personas que habrían de bañarse no son asimismo habaneras y acaso, como tales, no prefieren conservar la belleza de nuestra avenida sobre el mar? ¿Se les ha preguntado acaso?

Porque la verdad es que todos los habaneros vivimos enamorados del Malecón y pudiera resultar que aquéllos a quienes se trata de favorecer fueran luego, a fuer de buenos habaneros y buenos cubanos, los primeros en criticar y censurar esa agresión a la belleza que se va a cometer con la fabricación de esas piscinas sobre el agua.

Está bien que se proporcionen facilidades para los baños de mar a las clases modestas de La Habana, pero nunca deberá hacerse ello a costa de sacrificar lugares de belleza incomparable y famosa. En la propia Habana, en todo nuestro litoral, en una u otra dirección existen magníficos lugares donde construir playas y piscinas en las que el baño y el descanso y el esparcimiento habrían de resultar mucho más halagadores que en esas piscinas en las que a lo mejor era tanta la afluencia de público que llegara a ser molesto y desagradable acudir a ellas.

Inf. mayo 20/52

